

**II. MATERIAL
ADICIONAL PARA
LOS TEMAS DE
VIA**

LA HISTORIA DE LA IGLESIA DESDE TRES PERSPECTIVAS

Contexto para entrenadores de VIA

- I. **Misión:** Historia de la *misión* de la Iglesia hacia el mundo, desde los tiempos de Jesús de Nazaret hasta nuestros días.
- II. **Organización:** Historia del crecimiento y desarrollo de la Iglesia como *organización*.
- III. **Gente:** La historia del pueblo de Dios.

I. La misión de la Iglesia

Al final del Evangelio según San Mateo, Jesús dice a sus discípulos: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado”.

Muchas veces llamada “la gran misión”, la incipiente iglesia se tomó esta orden de Jesús muy en serio. Los discípulos comenzaron a evangelizar, a transmitir la “buena nueva” de Jesucristo. Primero la llevaron a los pobladores de Judea, pero luego fueron mucho más allá de sus fronteras. San Pablo fue el primero en llevar el mensaje de Jesucristo a tierras lejanas, viajando por todo el Mediterráneo y estableciendo congregaciones de cristianos. Muchas Epístolas del Nuevo Testamento llevan los nombres de los lugares donde se crearon congregaciones, como Efeso, Roma, Tesalónica, Galacia y Filipos.

Desde estas primeras plazas, el trabajo misionero comenzó a crecer rápidamente y en muchas direcciones, pese a las dificultades de los desplazamientos. Las diversas carreteras del Imperio Romano facilitaron el camino, ayudando a que la iglesia alcanzase las fronteras occidentales del Imperio en España, Francia y la Gran Bretaña. La iglesia también extendió su alcance hacia el sur y el este, hasta países como Armenia, India y Etiopía y eventualmente creó congregaciones en Alemania, Escandinavia y Rusia.

Cuando Colón y otros exploradores se encontraron con lo que llamaron el Nuevo Mundo, la iglesia siguió sus pasos. Los españoles y portugueses enviaron misioneros a América a principios del siglo XVI, y los franceses e ingleses hicieron otro tanto a principios del XVII. Conforme los colonos europeos se asentaron por el Caribe, Norte y Sud América, el cristianismo llegó con ellos, manifestado en las diferentes denominaciones que se había desarrollado a partir de las divisiones de la iglesia europea en el Siglo XVI. Este abanico de denominaciones incluía a los Congregacionales de Nueva Inglaterra, la Iglesia Reformada Holandesa de Nueva York, los Anglicanos de Virginia, los Cuáqueros de Pennsylvania y los Católicos Romanos tanto en el norte como en el sur del continente.

En el siglo XIX, los cristianos de América del Norte y Europa emprendieron nuevas misiones evangelizadoras en otras partes del mundo: en el Pacífico, Asia, Africa y otras partes del continente americano. La “gran misión” seguía viva. Un notable ejemplo de actividad misionera “a la inversa” lo dio la Iglesia Anglicana de Japón, que envió misioneros japoneses para atender a migrantes japoneses en el Brasil.

La “gran misión” no es menos importante hoy en día y la recordamos cada vez que participamos en un Bautismo, o cuando renovamos nuestra promesa de “proclamar, por la palabra y el ejemplo, la buena nueva de Dios en Cristo”.

La Iglesia es, en efecto, una gran sociedad misionera. Podemos ser testigos de la actividad misionera en nuestro entorno, cuando vemos a fieles de todas las denominaciones construyendo nuevas iglesias en barrios de todo el mundo. Las nuevas parroquias enfatizan el entusiasmo de la Iglesia por llevar la buena nueva de Jesucristo a toda persona, con la esperanza de cambiar sus vidas.

II. Historia de la iglesia como institución

La iglesia es también una organización. De hecho, es varias organizaciones. Como cualquier organismo, la iglesia tiene que estar organizada para poder llevar a cabo su trabajo.

En los primeros días de la Iglesia los discípulos tuvieron que decidir quiénes eran, cuál era su misión y cómo organizarse para poder llevar a cabo la “gran misión”. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos cuenta lo que pasaba en esos días, explicándonos que los discípulos discutían y debatían sobre cuál era su misión y cómo ponerla en práctica. Y eso suena exactamente como lo que cualquier familia, o cualquier grupo de personas, hace para resolver un problema.

En aquellos días, la iglesia puso en marcha un modelo organizativo que nos es bastante conocido en la Iglesia Episcopal. Nuestro modelo organizativo

se derivó de la manera en que los apóstoles ejercieron la “gran misión”. Los apóstoles organizaron un ministerio de laicos, combinado con el de obispos, sacerdotes y diáconos. En su momento, la Iglesia Occidental, en lo que era la parte latinoparlante del Imperio Romano, decidió que el Obispo de Roma sería la cabeza visible de su Iglesia. El Obispo de Roma comenzó a ser llamado “Papa” y reclamó más autoridad al afirmar que también sería el jefe de otras regiones de la iglesia.

El sistema de gobierno de la iglesia fue llamado monárquico y puede describirse como una pirámide, con su gobernante en la cima. Con este sistema la iglesia estaba estrictamente controlada, con muy poco espacio para la independencia de pensamiento o el autogobierno.

Si bien este sistema jerárquico se mantuvo intacto durante siglos, los desafíos a sus exigencias de autoridad provinieron, de forma constante, desde tres fuentes. Había partes de la Iglesia que nunca aceptaron la autoridad del Obispo de Roma. Por otro lado, había dirigentes laicos que juzgaban que la jerarquía interfería en cuestiones civiles. Y por último, muchos monasterios, que se autogobernaban y eran relativamente independientes, querían cambiar este sistema.

La organización de la iglesia cambió notablemente en el siglo XVI, en la época de la Reforma. Muchas personas dentro de la Iglesia estaban en contra del uso clerical de la autoridad. Algunos teólogos de orientación pastoral estaban convencidos de que la iglesia no estaba enseñando el cristianismo conforme había sido establecido en la Biblia y practicado en los primeros tiempos de la Iglesia. Estos teólogos se aliaron con los inconformes para restablecer el mensaje central de Cristo en la oración y la vida y prácticas de las iglesias.

Como resultado de la Reforma, la iglesia occidental se dividió. Muchas áreas rechazaron la autoridad del Papa y eventualmente, varias denominaciones y sectas surgieron desde estas divisiones. Casi todas querían cambiar el gobierno clerical y el papel de los laicos en sus iglesias, y así lo hicieron. Hoy en día, algunas de esas iglesias son llamadas “presbiterianas”, porque una junta de ancianos o presbíteros, está al frente de la congregación. Otras iglesias son llamadas “congregacionales”, porque es la congregación la que toma las decisiones en la mayoría de los asuntos. Y otras son llamadas “episcopales”. “Episcopal” quiere decir “relativo al obispo”; de ahí que las iglesias episcopales depositen las cuestiones de autoridad en sus obispos.

Lo que en el momento de la Reforma estaban en realidad diciendo varios grupos de cristianos era que “como quiera que la Iglesia de Roma piense, actúe o se organice, den ustedes por hecho que nosotros lo haremos de otra manera”.

A partir de esa época, los cristianos de todo el mundo se han organizado de incontables maneras. Si bien hay muchas diferencias, hay un punto en común. Todos se refieren a las Escrituras para justificar la manera cómo se organizan y todos afirman que pueden llevar mejor a cabo la “gran misión”, como resultado de su organización.

III. La historia de la Iglesia es la historia del Pueblo de Dios

Mucho de la historia de la iglesia tiene que ver con la historia del pueblo de Dios, gente desconocida y anónima, miembros ordinarios de una congregación, pero que son quienes precisamente mantienen vivas las

congregaciones con su presencia continua y fiel, su apoyo financiero y su esfuerzo por vivir la vida cristiana. Los santos y héroes de la iglesia han surgido muchas veces de comunidades de fe como esas.

Sin embargo la historia escrita habitualmente sólo se concentra en personas específicas que surgieron para encabezar a instituciones y naciones. Este es también el caso en la iglesia. Honramos a nuestros santos y héroes al recordarlos por sus contribuciones. Leemos en libros de historia sobre sus luchas, su martirio, sus aportaciones intelectuales, o su capacidad para expresar con claridad ideas muy complejas sobre Dios, o para reconciliar facciones enemigas. Recordamos sus ejemplos en nuestras oraciones y alabanzas. Estas personas están en el corazón mismo de la historia de la iglesia.

Sin embargo así como cantamos las alabanzas a santos y mártires y a los incontables y anónimos seguidores de Jesucristo, también reconocemos que la iglesia ha tenido sus villanos. Nuestros villanos son personas, tanto laicas como ordenadas, que han usado a la iglesia y a sus organizaciones para su provecho personal.

Admitimos que ha habido épocas en las que la iglesia y la nobleza eran virtualmente una y la misma. Sabemos que hubo épocas en que algunas personas creían que matar a los “infieles” les significaba ganar créditos celestiales y que la exclusión de los “herejes” limpiaba a una sociedad cristiana.

Reconocemos que hubo épocas en que la iglesia se pronunciaba contra cambios en la sociedad que parecían amenazar su *status quo*. De esa manera, muchos en Europa y América, en nombre de la iglesia,

condenaban los esfuerzos de la clase trabajadora por mejorar sus condiciones de vida, en tanto otros condenaban el trabajo científico de Galileo y Darwin, que buscaban maneras para entender mejor la creación de Dios.

La iglesia ha tenido sus santos y sus villanos porque está compuesta por humanos. La iglesia aún tiene santos y villanos, pero también está bendecida por sus profetas. Nuestros profetas siguen exigiendo a la iglesia que sea lo que se supone que tiene que ser y que haga lo que se supone que debe de hacer.

“Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado”.

SAMUEL SEABURY

SAMUEL SEABURY

PRIMER OBISPO DE LOS ESTADOS UNIDOS

CONSAGRADO EL 14 DE NOVIEMBRE DE 1784

Oración por Samuel Seabury

Te damos gracias, Dios nuestro Señor, por tu bondad al otorgar a esta iglesia la ofrenda del episcopado, que celebramos en remembranza de la consagración de Samuel Seabury, y pedimos que, juntos en unidad con nuestros obispos y nutridos por tus santos sacramentos, podamos proclamar el Evangelio de redención con celo apostólico; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

(Extraído de *Lesser Feasts and Fasts*)

Biografía de Samuel Seabury – I

El día 14 de Noviembre de 1784, el primer obispo de los Estados Unidos fue consagrado en Aberdeen, Escocia, en una discreta ceremonia en la capilla privada del obispo John Skinner. De esta manera, el episcopado llegó a los Estados Unidos y se hizo posible para los estadounidenses organizar una Iglesia Episcopal, independiente de la Iglesia de Inglaterra. Los obispos ingleses no podían, legalmente, consagrar a un obispo estadounidense que no jurase lealtad a la corona inglesa y por esa razón Seabury tuvo que ir a Escocia para recibir su ordenación episcopal. Más adelante las leyes

inglesas serían modificadas para permitir la consagración de obispos estadounidenses en la sucesión inglesa.

Samuel Seabury, originario de Connecticut, fue un personaje controvertido y que difícilmente correspondería a la idea tradicional de un “santo”. Al contrario de otros obispos de la época, como White de Pennsylvania, Provoost de Nueva York y Madison de Virginia, Seabury se opuso a la independencia de los Estados Unidos. Debido a esto y como se le consideraba terriblemente “tradicionalista” para su época, no era muy popular. Aún así, él sirvió de manera invaluable a la Iglesia Episcopal de los Estados Unidos al garantizarle el episcopado. En esos días había bastante animadversión contra los obispos, sobre todo en Nueva Inglaterra. Seabury requirió de bastante valor y determinación para ir a Inglaterra, luego a Escocia, y volver a Connecticut consagrado como obispo.

(Extraído de *Saints Galore*, publicado por Forward Movement)

Biografía de Samuel Seabury - II

Samuel Seabury, el primer obispo de la Iglesia Episcopal, nació en Groton, Connecticut, el 30 de noviembre de 1729. Tras ser ordenado en Inglaterra en 1753, se le asignó como misionero de la Sociedad para la Propagación del Evangelio en Jamaica, Long Island, Nueva Brunswick y Nueva Jersey. En 1757 se convirtió en rector de la iglesia de Grace en Jamaica-Long Island y en 1766 en rector de St. Peter en el condado de Westchester, Nueva York. Durante la independencia de los Estados Unidos permaneció leal a la corona británica y sirvió como capellán del ejército británico.

Tras la independencia, una asamblea secreta de clérigos de Connecticut, en Woodbury, celebrada el 25 de marzo de 1783, nombró a Seabury, o al reverendo Jeremiah Leaming, el primero de los dos que estuviese disponible, para buscar la consagración episcopal en Inglaterra. Leaming declinó, Seabury aceptó y se embarcó para Inglaterra.

Tras un año de negociaciones, Seabury se encontró con que era imposible ser consagrado obispo por la Iglesia de Inglaterra porque, siendo ciudadano estadounidense, no podía jurar lealtad a la corona. Fue entonces cuando se dirigió a los obispos de la Iglesia Episcopal de Escocia, que no juraban fidelidad a la corona inglesa. El 14 de noviembre de 1784, en Aberdeen, fue consagrado por el obispo y el obispo coadjutor de Aberdeen, y por el obispo de Ross y Caithness.

A su vuelta a casa, Seabury fue reconocido como obispo de Connecticut mediante un sínodo efectuado el 3 de agosto de 1785 en Middletown. Junto con el obispo William White, fue muy activo en la organización de la Iglesia Episcopal en la Convención General de 1789. Con el apoyo de los obispos

William Smith de Maryland, William Smith de Rhode Island, William White de Pennsylvania y Samuel Parker de Boston, Seabury mantuvo la promesa hecha en concordato con los obispos escoceses, de persuadir a la iglesia de los Estados Unidos de adoptar la forma escocesa de celebración de la Santa Eucaristía.

En 1790, Seabury se convirtió en el responsable de la vigilancia episcopal de las iglesias de Rhode Island y en la Convención General de 1792 participó en la primera consagración de un obispo en suelo estadounidense, la de John Claggett de Maryland. Seabury murió el 25 de febrero de 1796 y está enterrado en la iglesia de St. James en New London, Connecticut.

(Extraído de *Lesser Feasts and Fasts*)

HECHOS DE LOS APOSTOLES 8: 26 - 39

Después de eso, un ángel del Señor le dijo a Felipe, “Levántate y vete al sur, por el camino de Jerusalén a Gaza.” Este camino pasa por el desierto. Felipe se levantó y se fue; y en el camino se encontró con un hombre de Etiopía. Era un alto funcionario, tesorero de la reina de Etiopía, el cual había ido a Jerusalén a adorar a Dios. Iba de regreso a su país sentado en su carro leyendo el libro del profeta Isaías.

El Espíritu le dijo a Felipe: “Ve y acércate y a ese carro”. Cuando Felipe se acercó, oyó que el etiope leía el libro de Isaías; entonces le preguntó: “¿Entiende usted lo que está leyendo?” El etiope le contestó “¿Cómo lo voy a entender, si no hay quien me lo explique?” Le pidió a Felipe que subiera y se sentara junto a él. La parte de la Escritura que estaba leyendo era ésta:

“Fue llevado como una oveja al matadero; como un cordero que se queda callado delante de los que lo trasquilan, así tampoco abrió él su boca. Fue humillado, no se le hizo justicia; ¿Quién podrá hablar de su descendencia? Porque su vida fue arrancada de la tierra.”

El funcionario etiope le preguntó a Felipe: “Dígame, por favor, ¿de quién dice esto el profeta: ¿de sí mismo o de algún otro?”. Entonces Felipe, tomando como punto de partida el lugar de la Escritura que el etiope leía, le anunció las buenas noticias acerca de Jesús. Mas tarde, al pasar por un sitio donde había agua, el funcionario dijo: “Aquí hay agua: ¿no podría yo ser bautizado?” Entonces mandó parar el carro; y los dos bajaron el agua, y Felipe lo bautizó. Cuando subieron del agua, el Espíritu de Señor se llevó a Felipe, y el funcionario no lo volvió a ver; pero siguió su camino lleno de alegría.

EL LIBRO DE ORACION COMUN

Los cristianos son a veces conocidos como “el pueblo del libro”, entendiéndose por éste a la Biblia. La historia de quiénes y qué somos está en su totalidad en la Biblia.

Con la Biblia como cimiento, los episcopales y anglicanos son también el pueblo de otro libro, *El Libro de Oración Común*. Este es nuestro libro de oraciones y oficios; este es el libro que guía nuestra alabanza y nuestra relación con Dios.

Cada acto de alabanza cristiana en el que podamos pensar está en este libro. La Eucaristía, la bendición de un matrimonio, el rito de un entierro, los oficios de ordenación, bautismo y confirmación. Hay oraciones de gracias y oraciones de confesión, oraciones para aquéllos que sirven a sus países y oraciones de gozo por el nacimiento de un hijo.

La Iglesia de Inglaterra escribió el *Libro de Oración Común* en la época de la Reforma. La primera edición se imprimió en 1549. La palabra “común” en el título no significa ni ordinario ni de mal gusto. “Común” se utilizó para significar por vez primera que surgía un libro para todos los fieles, desde reyes a plebeyos, usado en común y escrito en el lenguaje que usaban en común.

El lenguaje del Libro de Oración es sencillo, fuerte y directo. Esta clase de lenguaje es característico del que encontramos hoy en día en nuestro Libro de Oración.

Con el paso de los años el *Libro de Oración Común* ha sido revisado

muchas veces. Ha sido traducido a muchos idiomas, para uso de los anglicanos en todo el mundo. Sus autores originales entendieron la necesidad de sucesivas revisiones; muchas de ellas han sido publicadas, todas con la intención de mantenerse fieles a la fe.

Aparte de la historia del *Libro de Oración de Común*, concentrémonos en dos aspectos importantes. Primero, el uso de nuestro Libro de Oración crea un sentimiento de unidad entre los anglicanos de todo el mundo. Pese a diferencias culturales o de idioma, el espíritu de unidad es evidente cuando se alaba a un Dios común con un libro común. Nuestra unidad anglicana no es exclusiva. Todos son bienvenidos a unirse en sociedad y alabanza y todo cristiano bautizado puede recibir el cuerpo y la sangre de Jesús.

Tal vez una manera obvia de experimentar la unidad anglicana sea asistir a una Eucaristía en otro país. Aún cuando la liturgia sea en otro idioma, uno puede participar plenamente en la Eucaristía y en la recepción del cuerpo y la sangre.

Más allá de la unidad, el *Libro de Oración Común* tiene sus propias vías para formar nuestro entendimiento y relación con Dios. La regularidad de nuestras oraciones se implanta en nuestro ser. Nuestras oraciones influyen también en la comprensión que tengamos de nosotros mismos, de Dios y del mundo que nos rodea.

Aprendemos a ser personas que se aproximan a otras porque oramos por el bienestar de los “otros”, tanto lejanos como cercanos. Por otro lado, nuestras oraciones nos obligan a salir de nosotros mismos. Además, nos volvemos sinceros para con nosotros, puesto que regularmente confesamos nuestros pecados y recibimos la absolución de Dios.

Aprendemos a mirar hacia Dios en busca de fortaleza y de los dones que libremente nos obsequia. Al hacerlo, aprendemos también a responsabilizarnos de nosotros mismos.

NOTAS SOBRE EL CONTENIDO Y LA ESTRUCTURA DEL OFICIO EUCARÍSTICO

En el Libro de Oración Común

I. Estructura - A

La Eucaristía ha evolucionado a lo largo de los siglos, desde la Pascua tradicional judía hasta la Eucaristía Cristiana, asumiendo diversas formas. Si uno toma el Oficio de Comunión del *Libro de Oración Común de 1928*, y lo compara con la estructura de los Ritos I y II de nuestro actual Libro de Oración, es fácil ver los cambios que han tenido lugar. Por poner algunos ejemplos, notemos que el *Gloria in Excelsis* está al final del servicio (1928), comparado con su posición al principio del libro de 1979. En la revisión de 1928 puede también observarse que el Credo Niceno tiene lugar después del ofertorio y precede al sermón y a la oración de los fieles.

Dado que la oración es una expresión viva, que no queda duda que ediciones futuras del *Libro de Oración Común* incluirá otros cambios.

II. Estructura – B

Las dos secciones principales de la Eucaristía son la Palabra de Dios y la Santa Comunión. He aquí un bosquejo de estas partes:

LA PALABRA DE DIOS

Preparación: La colecta por la pureza (pedir a Dios que nos purifique)

Gloria in Excelsis (un himno de alabanza) o bien

el Kyrie o el Trisagion

La colecta del día

Lectura del Antiguo Testamento

Salmo responsorial
Lectura de la Epístola
Evangelio
Sermón u homilía
Credo niceno
Oración de los fieles (intercesiones)
Confesión y absolución
La paz

LA SANTA COMUNIÓN:

La Gran Plegaria Eucarística
La Plegaria Eucarística o Consagración
La fracción del pan
Comunión de los fieles
Acción de gracias
Despedida

III. Estructura - C

MATERIAL SEGUN LAS ESTACIONES DEL AÑO ECLESIASTICO

Una revisión del servicio eucarístico revelará las muchas ocasiones en que se insertan diversos materiales estacionales. Por favor, tomen en cuenta las Rúbricas, que son instrucciones específicas, impresas en tipo más pequeño, que orientan a los ministros sobre las diversas estaciones del año eclesiástico. Las siguientes páginas del *Libro de Oración Común* requieren de nuestra atención:

- (277) Al inicio del servicio.
- (278) Gloria, que no se usa en cuaresma.
- (782) Las colectas y otras lecturas no sólo cambian de domingo a domingo, sino que el leccionario cambia cada tres años.
- (280) El credo niceno
Su uso es obligatorio los domingos y en otras fiestas mayores, pero no en otras ocasiones.
- (281-282) Oración de los fieles – hay muchas fórmulas disponibles.
- (282) La confesión de pecado debe omitirse en algunas ocasiones.
- (284) El prefacio propio.
- (286) La fracción del pan.
- (289) Despedida – se puede añadir ¡Aleluya – Aleluya!

Pregunta: ¿Puede encontrar otras?

PLEGARIAS EUCARISTICAS ALTERNATIVAS

Es interesante notar que hay plegarias eucarísticas alternativas. Además del Rito II, plegaria eucarística A (*LOC*, 284), plegarias B, C, y D son alternativas (página 289 en adelante). En el Rito I hay dos plegarias eucarísticas (I y II, páginas 255 y 262).

Además se pueden usar fórmulas alternativas del oficio de Comunión, tales como “Comunión en Circunstancias Especiales” (319) y el “Orden para celebrar la Santa Eucaristía” (323 y subsiguientes).

Existen otras alternativas en la Oración de los Fieles. El Rito II ofrece seis fórmulas (página 305 y subsiguientes). El Rito I presenta sólo una fórmula de intercesión, si bien se pueden usar las seis fórmulas del Rito II.

LA FLEXIBILIDAD DEL RITO EUCARISTICO

A fin de mantener el sustento teológico de nuestro culto, así como para usar nuestros servicios tan variadamente como sea necesario, los ritos eucarísticos están diseñados para ser flexibles y continuos. Por ejemplo, toda la sección del rito eucarístico llamado “La Palabra de Dios” puede quitarse, para poner en su lugar otros servicios. Esos otros servicios han sido adaptados para el Libro de Oración de manera tal que cumplan con los requerimientos de la sección de la Palabra de Dios, es decir, que tenga la colecta del día, elementos bíblicos, sermón, credo, oración de los fieles y la paz. Por tanto es posible sustituir el servicio del Santo Bautismo, por ejemplo, por la palabra de Dios. Otras sustituciones que pueden hacerse incluyen Confirmación, Ordenación, Matrimonio, Entierro y Oración Matutina.

RUBRICAS

Las rúbricas son instrucciones para la administración de los servicios eucarísticos. Están escritas en tipo más pequeño y esparcidas por todo el texto. Es esencial que los líderes de VIA se familiaricen con ellas y tomen nota de su lenguaje. A veces ese lenguaje es firme, dado que afirma que “tal cosa y tal otra *deben* hacerse”. Y a veces es permisivo, sugiriendo que “tal cosa y tal otra *pueden* hacerse”.

Nótese que la lectura cuidadosa de las rúbricas puede sacar a la luz suposiciones incorrectas. Una tradición litúrgica local, que se puede pensar que es necesaria, puede no serlo. Por ejemplo, podemos asumir que la colecta inicial de la Eucaristía, “Dios omnipotente, para quien todos los corazones están manifiestos” es esencial para el servicio. Pero mírese la

rúbrica que la precede (*LOC*, 277), que dice “El celebrante puede decir”.

Por otro lado, la rúbrica que precede al credo niceno (280) específicamente señala que todos deben ponerse de pie para recitarlo, si bien las rúbricas no dan indicación alguna sobre ponerse de pie, sentarse o arrodillarse para la oración de los fieles y la confesión.

Un estudio de las rúbricas adicionales (329-332) y de las demás rúbricas es una materia importante para el aprendizaje de los líderes de VIA.

Pregunta: ¿Qué puede usted dilucidar sobre el papel del diácono en el servicio, conforme a lo previsto por las rúbricas, tanto en el servicio eucarístico como en las rúbricas adicionales?

ELEMENTOS BIBLICOS

Nuestro oficio eucarístico contiene muchos pasajes bíblicos directos e indirectos. Un ejemplo de cita bíblica indirecta es la que aparece bajo la forma de una oración o colecta.

Un oficio Eucarístico típico exige el uso de un pasaje del Antiguo Testamento, un Salmo, una lectura de alguna de las Epístolas y una parte de alguno de los evangelios.

Además, pueden encontrarse versículos para el ofertorio (299), órdenes penitenciales (273-74), el salterio completo y citas bíblicas en los prefacios propios (300 y subsiguientes).

AUTORIDAD Y TOMA DE DECISIONES

Los cristianos, ya sea individualmente o en grupos, se encuentran frecuentemente en la necesidad de tomar decisiones. Algunas decisiones son difíciles y requieren de la mayor claridad posible. ¿Qué estándares de autoridad podemos recabar que nos guíen en nuestra conducta y en la toma de decisiones? El anglicanismo ha desarrollado una serie de respuestas, cuidadosamente estudiadas, para esta pregunta.

Desde el inicio de la Iglesia de Inglaterra en el siglo XVI, la mayoría de los fieles se pusieron de acuerdo en dos principios. Primero, que la Biblia es el máximo estándar de autoridad dado que contiene “todas las cosas necesarias para la salvación” (Artículo VI, Artículos de la Religión). Segundo, que como representantes designados por el rey o la reina, los obispos eran los máximos responsables de la apropiada administración de la iglesia, de la exhortación hacia una vida piadosa y de la enseñanza de la doctrina verdadera.

Los protestantes que cuestionaron el “status quo” de la liturgia basada en el Libro de Oración y del liderazgo episcopal, exigieron la intervención de la iglesia isabelina. Como inconformes que eran, los protestantes apelaron a la autoridad exclusiva de las Sagradas Escrituras como su guía. Sin embargo, Richard Hooker, catedrático y sacerdote, respondió de manera tan eficaz a las reclamaciones de los protestantes, que sus posturas han sido apoyadas desde entonces por la mayoría de los anglicanos. En primer término, Hooker concedió que la Biblia contiene una autoridad única y demostró de qué manera tan rigurosa el Libro de Oración dependía de citas e ideas obtenidas de las Sagradas Escrituras. Insistió también en que sólo las Sagradas Escrituras nos pueden enseñar cómo ser salvados a través de la

fe en Jesucristo.

Pese a esto, Hooker se sentía ofendido por lo que él calificaba de mal uso de la Biblia por parte de los puritanos. Hooker sostenía que Dios nos dio razón para interpretar las Sagradas Escrituras correctamente en situaciones constantemente cambiantes. Más aún, el propósito del Antiguo y del Nuevo Testamento es enseñar a la gente acerca de Dios y del poder salvador de la voluntad divina. Por ende, Hooker pensaba que los puritanos de hecho ignoraban la intención de revelación divina presente en la Biblia cuando exigían una fórmula “escritural” de gobierno de la iglesia, y una moralidad “bíblica”. Hooker demostró que en cada país, los líderes apropiadamente seleccionados deben gobernar la iglesia conforme a las circunstancias y tradiciones locales. El sabía de hecho que existían muchas maneras de administrar desde los primeros días de las comunidades cristianas. Finalmente, Hooker pensaba que no había ninguna vía prescrita bíblicamente sobre cómo gobernar la iglesia. Dada la naturaleza del carácter inglés, la forma episcopal de gobierno parecía totalmente apropiada, dado que reflejaba un antiguo consenso nacional, así como el consentimiento del pueblo.

Cuando Hooker consideró ideas sobre moralidad, sostuvo que muchas prácticas en la Biblia de hecho reflejaban modos de pensar primitivos y superados, algo que ofrecería muy poca ayuda como lineamientos para guiar la conducta del momento. Hooker afirmó el carácter fundamental de los Diez Mandamientos y la manera en que Jesús resumió esas leyes en su doble mandamiento de amor (amar a Dios totalmente y amar al prójimo como a uno mismo). Si bien la Biblia reforzaba principios éticos básicos, Hooker afirmaba también que de hecho toda la gente, en todas partes, había siempre entendido los requerimientos básicos presentados por

Moisés y Jesús. De esta manera, Hooker defendía la bondad y la capacidad de la razón humana.

La evolución del pensamiento anglicano desde la época de Hooker ha mantenido de forma coherente estos puntos de vista contrastantes. Por un lado, asignamos un lugar de honor a la Biblia, pero la entendemos sólo a través del uso del pensamiento crítico humano. Necesitamos que la razón nos guíe en muchas situaciones que quedan por fuera del propósito central de la revelación escritural. Por otro lado, reconocemos la importancia de los obispos como representantes de nuestra herencia y símbolos de la unidad de nuestra iglesia. Pero nuestros obispos no son dictadores. Son escogidos sólo con el consentimiento de los fieles. Si es necesario representantes democráticamente electos en convenciones de la iglesia tienen el mandato de ratificar muchas de sus decisiones. Además, los obispos tradicionalmente han dejado muchas cosas a discreción de las iglesias locales y de los individuos. Estas tendencias se acrecentaron cuando la democracia sustituyó a la monarquía como la forma más común de organización social humana. Consecuentemente, al asumir muchos de los contrastes articulados por Thomas Hooker, los anglicanos han podido beneficiarse de la sabiduría, la conciencia y el respeto de todos los miembros del Cuerpo de Cristo.

La tradición ocupa un lugar mucho más controvertido en el pensamiento anglicano. Algunos creen que el precedente histórico es tan importante como la Biblia y la razón. Otros defienden cambios e innovaciones continuos ante nuevas situaciones ministeriales. La posición de Thomas Hooker constituye una vía media que aún es válida hoy en día. Él insistía en que ninguna tradición gozaba de autoridad a menos que fuese coherente con las Sagradas Escrituras y estuviese aprobada por la razón. Aún así,

Hooker recomendó precaución, dado que no veía razón para cambiar las costumbres, a menos que fuesen claramente dañinas y contrarias a la buena nueva de Jesucristo. El anglicanismo, desde entonces, se ha convertido en una tradición que siempre honra nuestro pasado cristiano, pero que encuentra nuevas vías para responder hoy en día al llamado de Dios. La ordenación de mujeres en décadas recientes es un buen ejemplo del proceso anglicano de toma de decisiones.

Es importante reconocer que el anglicanismo siempre ha puesto mucho énfasis en la espiritualidad y el arte. Los filósofos, poetas, pintores y compositores expresan creativamente muchas dimensiones de nuestra fe, en formas que devienen fuentes de autoridad para toda la comunidad. En el siglo XVIII, John Wesley llamó a esa dimensión “experiencia”. Wesley sentía que la experiencia era tan importante como las Sagradas Escrituras, la razón y la tradición. De esta manera, él estaba reflejando su familiaridad con muchos líderes anglicanos, al suministrarles un resumen acertado de sus contribuciones.

Las diversas fuentes de autoridad de la Comunión Anglicana siempre han favorecido bastante libertad en la interpretación y adaptación a las diferentes culturas. La reina Isabel dijo alguna vez que ella no quería tener ninguna ventana que se abriese hacia el alma de nadie. Con esta frase, Isabel articulaba el respeto que los anglicanos sienten por los derechos del individuo. Al mismo tiempo, sin embargo, todos participamos en la *oración común*. Afirmamos la idea de Pablo sobre el cuerpo de Cristo, e insistimos en que todas las cosas deben hacerse en nombre de la edificación de todas las personas bautizadas. Las decisiones que los anglicanos tomen deben mantener el equilibrio entre la libertad del individuo y el bienestar de toda la iglesia.

ESCENIFICACIONES DE VIA PARA CUESTIONES DE AUTORIDAD Y TOMA DE DECISIONES

El siguiente es un bosquejo más detallado de cada una de las cinco escenificaciones que se ofrecen junto con la reflexión sobre autoridad y toma de decisiones.

1. “Cruz o Bancos”

Escena: La hora del café

El sacerdote y dos miembros de la parroquia conversan.

Sacerdote: “Tengo, o más bien tenemos un problema. Necesitamos una cruz para el altar y también necesitamos bancos. La cruz cuesta mucho dinero, pero casi tanto como los bancos”.

Feligrés Uno: “Yo ya me estoy cansando de estas sillas plegables. Creo que la gente que llegue a la congregación vería con buenos ojos unos bancos de madera. Podríamos comprar la cruz después”.

Feligrés Dos: “Creo que es importante comprar la cruz primero. Después de todo, la cruz es el símbolo del pecado, de la vergüenza y de la victoria de que Jesús vino a morir por nosotros y a salvarnos. Definitivamente creo que primero debemos comprar la cruz. ¿Usted qué cree, Padre?”.

Sacerdote: “No me puedo decidir, tendremos que seguir hablando de ello. Nos vemos”.

SIGUIENTE DOMINGO:

Los dos feligreses y el sacerdote se vuelven a encontrar a la hora del café.

Uno: “Hola, padre. ¿Qué hay de nuevo?”.

Sacerdote: “Bueno, tengo que decirles que he decidido ordenar la cruz”.

Uno: “¿Qué? Usted hizo eso a sabiendas de que yo prefería que se comprasen los bancos antes que la cruz. No me imaginaba que usted fuera a tomar una decisión con nuestro dinero sin consultarnos”.

Dos: “Pero, amigo, él es el rector de la parroquia. Tiene que tomar decisiones en nuestro beneficio constantemente”.

Uno: “Pero tenemos una junta parroquial que se supone debe tomar las decisiones cuando éstas involucran el gasto de dinero. ¿A partir de qué autoridad hizo usted esto?”

Sacerdote: “Creo que está dentro de mis derechos como máxima autoridad litúrgica dentro de la congregación”.

Otros parroquianos: Discuten sobre si esto es o no correcto.

PAUSA

2. “Confirmación a los 12 años”

Escena: La calle frente a la iglesia.

Feligrés Uno: Hola, amiga, veo que te trajiste a tu hija. Está creciendo tanto. ¿Qué edad tiene?

Feligresa Dos: Pues en septiembre cumplirá doce años.

Uno: Entonces va a entrar en la próxima generación de confirmandos, ¿no?

Feligrés Tres: Creo que el Padre García ya no exige eso.

Uno: ¿Qué? Los niños siempre se confirman a los doce años. ¡Así me pasó a mí, a mis padres, mis abuelos y mis bisabuelos!

Dos: Bueno, ni siquiera nos habíamos puesto a pensar en eso.

Tres: Pero es que ya no se requiere. El Padre García dice que es mejor que la gente espere y decida cuando esté lista para reafirmar sus votos, sus votos bautismales.

Uno: Pero eso no está bien. Siempre lo hemos hecho a los doce años.

Dos: Pero supongamos que mi hija no esté lista para hacer esas promesas este año o el próximo. Supongamos que no está preparada.

Uno: Pero el Libro de Oración dice que...

Dos: No, es que de hecho no dice nada. No especifica ninguna edad.

Tres: ¿Qué pasa si una persona no se bautiza hasta los 25 años de edad. ¿Qué, se supone que tiene que volver a cumplir doce?

Uno: La Biblia dice que

Tres: ¿En dónde dice la Biblia algo sobre confirmaciones? No dice nada.

PAUSA

3. “Bautismos a la orden”

Escena: La hora del café.

Orgullosa madre: Tengo el gusto de comentarle, Padre, que acaba de nacer mi hija y que mi esposa y yo queremos bautizarla.

Sacerdote: ¡Felicidades! ¡Es maravilloso! Nos encantará organizar el bautismo aquí y estoy seguro que la congregación estará feliz de participar en él.

Orgullosa Madre: Bien. Queremos que el bautismo tenga lugar el 23 de julio, por favor.

Sacerdote: Bueno, creo que a usted se le ha olvidado que tenemos una regla que dice que los bautismos sólo se celebran cuatro veces al año, todas especificadas en el Libro de Oración: en la Vigilia Pascual, Pentecostés, el primer domingo después del Día de Todos los Santos y en la Fiesta del Bautismo de Nuestro Señor. Y el 23 de julio no es ninguna de estas fechas.

Orgullosa Madre: Pero Padre, mi madre tiene muchos deseos de asistir y ella vive muy, muy lejos, y este año sólo podrá venir en julio. ¿No podríamos hacer una excepción?

Sacerdote: Lo siento mucho, pero esa es la regla y si comenzamos a hacer excepciones nos vamos a meter en problemas.

Amigo del Orgullosa Madre: Pero Padre, la Biblia no dice nada sobre ninguna época especial para los bautismos. Y de hecho al final del Evangelio según San Mateo, Jesús dice a sus discípulos que vayan por el mundo y bauticen en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu del Santo. Él nunca dijo nada de ningunas fechas especiales.

Sacerdote: Aún así, necesitamos nuestras reglas.

Amigo del Orgullosa Madre: Y luego está el caso del eunuco etíope que fue bautizado por Felipe. Lo leímos en el Libro de los Hechos de los Apóstoles. Encontraron agua y ahí mismo lo bautizó.

Orgullos Padre: ¿Es que ya no hay espacio aquí para la compasión?
¿Ni siquiera para mi madre?

PAUSA

4. “¿Lector laico, servicios válidos?”

Escena: En la clase de Biblia, dos amigos conversan.

Amigo 1: Bueno, ésta ha sido una clase interesante ¿no crees?

Amigo 2: Por supuesto. Por cierto, ¿vas a venir a la Oración Vespertina? Ahí habrá una buena discusión.

Amigo 1: No, no creo. Parece que voy a estar ocupado.

Amigo 2: Pero vives al lado, a un minuto de aquí.

Amigo 1: Para ser sincero, no me gusta venir cuando el sacerdote no está y es un laico el que se encarga de leer.

Amigo 2: ¿De veras? No sabía que pensaras así. A mí me da igual quien lea la Biblia y las lecturas.

Amigo 1: Bueno, no me parece que sea válido cuando alguien que no es un sacerdote encabeza la oración. ¿Además, para qué le estamos pagando? El debería estar ahí.

Amigo 2: ¿Qué quieres decir? Creo que su trabajo consiste en desarrollar el ministerio de la gente de aquí. Y al entrenar a laicos para que se hagan cargo de los oficios, está cumpliendo con su trabajo y no tiene por qué estar ahí.

Amigo 1: Sí, pero ¿con qué autoridad lleva a cabo esta capacitación, y con qué autoridad se aleja de la iglesia cuando hay oficios?

PAUSA

5. “Nuevo miembro elegido para la Convención Diocesana”:

Escena: En un salón de la escuela dominical.

Miguel: Bueno, me alegro de que haya concluido la asamblea parroquial de este año.

María: Yo también. Creo que salió bien, y en especial estoy contenta por las personas que elegimos para enviar a la Convención Diocesana.

Sofía: Bueno, pues yo tengo mis dudas sobre ese Marcos que elegimos. ¿Sabían que es muy nuevo en la iglesia? ¿Cómo es que nos va a representar?

Miguel: Pero Sofía, en primer lugar no había tanta gente dispuesta a participar en la elección y él dijo que estaba disponible.

María: Además, es un hombre maduro y no es que como que sea

nuevo en la Iglesia Episcopal. Ha sido episcopal toda su vida y acaba de llegar aquí desde Monterrey.

Sofía: ¿Pero qué sabe él sobre nosotros y nuestros deseos, como para que pueda votar en nuestro nombre? No sabe nada de nuestras costumbres, de nuestra historia, ni de la manera en que hacemos las cosas.

Miguel: Pero es un cristiano, está bautizado, y se toma su papel en serio.

María: ¿Y acaso los demás no lo van a poner al día? ¿Y no es bueno hacer que los nuevos se involucren tan pronto entren en la congregación?

Sofía: No sabe nada sobre la diócesis ni sobre cómo funciona. Creo que hemos elegido a alguien que no está bien preparado. ¿Cómo va a saber por qué votar y en qué va a basar sus decisiones?

PAUSA